

20 de agosto del 2021

¡Quien tenga oídos para escuchar, que escuche! ¿Cómo dialogar con la Biblia?

*“Está siempre dispuesto a escuchar y sé lento para responder”
(Ben Sirac 5:11; cf. Stg 1:19)*

Aquiles Ernesto Martínez¹



Fotografía de un antiguo relieve consagrado a Dionisio (dios griego de la vegetación, las flores y el vino), una de las tantas divinidades griegas que escuchaba y respondía a las plegarias de sus seguidores. Sus seguidores, como respuesta a los favores concedidos, también se esforzaban por escuchar su voz, seguirle fielmente y agradecerle con múltiples actos de adoración (2nd siglo EC, Serapeion, Museo Arqueológico de Tesalónica).

¹ El Dr. Martínez es presbítero ordenado en la Iglesia Metodista Unida, Profesor de Religión y Biblia en la Universidad Reinhardt, y actualmente forma parte del grupo de investigación "Arqueología do Antigo Oriente Próximo -Universidade Metodista de São Pablo". Martínez obtuvo su doctorado en filosofía (en Estudios Teológicos y Religiosos, con especialidad en Nuevo Testamento) de la Universidad de Denver y la Iliff School of Theology.

Por varios años septiembre ha sido considerado como “el mes de la Biblia” en la América Latina, el Caribe, España y en algunos sectores de la numerosa población de habla hispana y portuguesa que reside en los Estados Unidos de América. Tomando como precedentes la impresión de las primeras copias de la Biblia en castellano el 26 de septiembre de 1569, y que el 30 de septiembre conmemora la traducción de la Biblia al latín a cargo de Jerónimo de Estridón, cristianos de todas las denominaciones han apartado esta época del año para reflexionar sobre el papel preponderante que la Biblia ha jugado en el desarrollo de los pueblos de oriente y occidente. Ha sido una ocasión para proclamar la preeminencia de esta joya de la literatura mundial.²

Dentro de este ambiente festivo, sin embargo, me parece que poca atención se le da dado a la manera cómo acercarnos a la Biblia; es decir, el asunto de la metodología. Es por esta razón que, independientemente de cual sea la idea preconcebida y relativamente justificada que tengamos de la Escritura y su función en la historia, quisiera sugerir que nos acerquemos a ella para sostener un diálogo en el que primeramente “escuchemos” su voces y mensajes, con todos los matices que esta ilustración conlleva. La humana necesidad de escuchar y ser escuchados es lo que me ha movido a seleccionar, desarrollar y proponer esta imagen como una manera práctica y sencilla de relacionarnos con la Escritura, no sólo este septiembre, sino también todos los meses del año.

² Alimentados por una profunda fe, unos creen que este libro es literalmente la Palabra de Dios mientras que otros consideran que la misma contiene el mensaje divino. Otras personas ven a la Biblia como el registro histórico-cultural de algunas ideas sobre lo divino, algo parecido a lo que sucede con otras religiones en torno al Misterio. Y otros sencillamente son de la opinión que la Biblia es un conjunto de libros con mucho que enseñar sobre la historia, la cultura, la religión, la política, la economía, la literatura y la geografía del pueblo hebreo y el cristianismo primitivo

1. “Escuchando” se entiende la gente

Por varios años me he planteado la idea de que la Biblia debe leerse como si estuviéramos teniendo con ella una franca, libre y profunda conversación. Una especie de plática en la que debemos tomar en cuenta sus diversos mensajes y contextos, pero en la que también tenemos que traer a colación nuestras propias realidades sociales, creencias y valores, todo en un significativo intercambio de ideas, cosmovisiones, emociones y experiencias. No se puede conversar de otra manera.

A esto que presupone un acercamiento de parte y parte para acortar la distancia que nos separa, por lo menos idealmente, he llamado “el modelo dialógico”. Algunos precedentes de ello lo encontramos en la misma Biblia ya que ella es diálogo e invita al diálogo. Guiado por esta razonable premisa, no solamente he tratado de hacer mis investigaciones y escribir mis obras conforme a este modelo, sino que también he intentado comunicar esta idea resignificando el popular refrán que dice “hablando se entiende la gente”.³

Por supuesto, hablar de la interpretación bíblica como una conversación en la que nos acercamos y nos miramos el uno del otro y en la que hay cierta interdependencia, no ha surgido de la nada; también supone algo de imaginación y creatividad puesto que la Biblia no es una persona que escucha, habla y piensa literalmente. Con evidentes conexiones con mi personalidad y el modo cómo busco relacionarme con familiares, amigos, colegas y otras personas, el asunto del diálogo también ha sido fruto de un análisis más formal acerca del lugar y el

³ Sobre este tema, los animo a consultar mi obra *Interpretación bíblica con sabor latino: una invitación al diálogo desde la diáspora*, 2da ed. (Caracas: Acción EcuMénica, 2019), 65-75.

papel que el diálogo ha tenido y todavía tiene en el forjamiento de la identidad, las experiencias y las historias de los pueblos. Tal es así, como mi mismo peregrinaje me ha enseñado, que en la misma Escritura abundan lecciones y ejemplos de personajes y comunidades que han creado espacios, momentos y maneras, no solamente para acercarse a Dios para entablar una relación significativa, sino también para estrechar lazos los unos con los otros, intercambiar pareceres, compartir sentimientos, consolidar relaciones y definir identidades. Las voces son múltiples, diversas, concordantes y disonantes, y yo he escuchado clara y fuertemente muchas de ellas. Y con estos insumos he regresado a la Biblia en busca de más.

A la luz de este rico trasfondo, con sus esperadas posibilidades pero también limitaciones y desafíos, dialogar, como compartir y recibir valiosa información que influencia a los interlocutores, es una de esas extraordinarias cualidades, prácticas y virtudes que bien puede aplicarse al modo como leemos, interpretamos, actualizamos y trascendemos los mensajes de la Biblia.

2. Un trabajo cuesta arriba

Al adentrarme en el tema del “diálogo” entre la Escritura y nosotros, creo que “escuchar” y “ser escuchados” merecen una atención especial.⁴ Pero llevar a la práctica esta doble tarea no es tan simple como parece, además de que exige iniciativa e ingenio de parte nuestra.

Por mucho tiempo uno de los grandes retos en las relaciones humanas ha sido la falta de disposición para escucharnos los unos a los otros, especialmente

⁴ Para un discusión sobre este tema desde una óptica más técnica y contemporánea, la siguiente obra podría ser útil: Andrew Wolvin and Carolyn Gwynn Coakley, *Listening*, 4th ed. (Dubuque, IA: Wm.C. Brown Publishers, 1992).

cuando existen diferencias de opinión, hay tensiones o prevalecen el temor, la desconfianza y el dogmatismo. Para la mayoría es más fácil hablar. Sea cual sea la razón detrás, ¡cómo nos cuesta callar!

Disentimos, reaccionamos y hasta condenamos a otras personas sin haber entendido primero o por lo menos haber tratado. Sabemos, por lo menos en teoría, que existe una diferencia entre “oír” y “escuchar” que el diccionario visibiliza, pero no somos congruentes en llevar a la práctica esta última acción; y peor aún, la aplicamos cuando nos conviene. Olvidando las necesidades o derechos de otras personas, queremos que primero se nos dé la debida atención. Jamás nos pasa por la mente preguntar a los demás si sintieron que les prestamos atención y le entendimos. Es como si, contrario a nuestra fisonomía, tuviéramos dos bocas y un solo oído.

Para ser justos, este mal hábito no es sólo culpa nuestra. La manera cómo fuimos criados o el tipo de educación que recibimos comparten la responsabilidad. En las sociedades occidentales, por ejemplo, se le da prioridad a comunicarnos verbalmente o por escrito, pero no se enfatiza el prestar atención a la comunicación oral o simbólica de nuestros semejantes. Es decir, el peso de la responsabilidad recae en los hombros del emisor y no en el receptor; el flujo de la comunicación tiende a moverse en una sola dirección y, cuando no lo hacemos bien, somos recriminados. Es quizá por esta razón que en el sistema escolar, en sus diversos niveles, abundan los cursos sobre lectura, redacción, oratoria y retórica; es decir, sobre cómo hablar, entender el lenguaje escrito y escribir bien. De no ser cierto este diagnóstico, ¿cuándo fue la última vez que usted supo de una clase sobre cómo “escuchar” o se inscribió en ella? Poetas y músicos bien pueden adicionarse a la excepción a la regla ya que se les entrena cómo ser sensibles a la musa de la inspiración y el emotivo encanto de las notas. ¿Pero dónde queda el hacer algo similar con quienes platicamos?

Para agravar la situación, escuchar se ha convertido en algo así como el don de unos pocos, una función asignada a personas preparadas y dedicadas a ello como, por ejemplo, los consejeros, los clérigos, los psicólogos y los psiquiatras. Paradójicamente, mientras que la mayor parte del día la dedicamos a recibir información por medio de nuestros oídos (que bien pudiera ser un primer paso para procesar lo recibido), le damos mayor atención a enviar información a través de diversos medios mientras que la información llega a oídos sordos por falta de disposición. Los presuntos diálogos de paz no resultan en nada porque todos hablan y nadie quiere escuchar. Las discusiones que a diario se viralizan en las redes sociales muestran claramente como la mayoría de las personas simplemente reaccionan, asumen posturas herméticas, colocan palabras en la boca de los demás, no toman en cuenta los contextos, no invitan a que sus amigos se expliquen o se les impone ideas preconcebidas.

Y por si todo esto fuera poco, a los efectos de comunicar las ideas rápido y al punto porque el tiempo es oro, a muchas personas ya no les gusta siquiera leer, mucho menos escribir. Seguir al pie de la letra la regla de 144 caracteres por tweet parece ser la nueva normalidad. Y en un momento en la historia en el que tenemos acceso a muchísima información y podríamos comunicarnos muchísimo mejor, por lo menos en teoría, nos comunicamos mucho menos. Los malos entendidos abundan. He aquí parte del dilema de ser parte de esta sociedad cibernética, científica, globalizada, auto-gratificante y acelerada en la que el “yo” se expande y agiganta. Aun así, en medio de todas estas redes de las que somos parte, escuchar y ser escuchado siguen estando a la cabeza de la lista de los grandes ideales por lograr, fortalecer y modelar.

3. Escuchar es ...

Ante la dificultad para escuchar y ser escuchados, que muy dentro anhelamos y merecemos, ¿cómo definir lo que es “escuchar” con algo más de precisión para utilizar esta metáfora en la lectura de los pasajes bíblicos?

Entiendo que la etimología del vocablo “escuchar” connotaba inicialmente la idea de “inclinarse hacia” o “prestar el oído a” otras personas. Con este significado como un punto de partida y relacionándolo con su posterior evolución, escuchar no es “recibir información”; esta acción es sólo el primer paso. Enfocándonos en la persona y mirándole a los ojos, es más bien prestar atención a todo lo que él o ella tiene que decir. Es asunto de actitud relacional. Más que una disposición para captar el significado de sonidos y dejar que la mente divague, es atender, mostrar interés, asimilar, procesar y entender las ideas y sentimientos de quienes con nosotros se comunican verbalmente, simbólicamente y por medio del lenguaje corporal. Si me lo permiten, es estar totalmente presente.

Así entendida, la palabra escuchar, lejos de ser un acto mecánico y superficial, involucra tres pasos o etapas de un proceso natural e integrado.

A menos que tengamos una deficiencia física que nos lo impida (como, por ejemplo, estar sordos o poseer alguna deficiencia mental), obviamente hay que primero dejar que los sonidos u ondas exteriores emitidas por la otra persona entren y estimulen nuestro cerebro. Pero esto no significa ser receptores pasivos de vibraciones informáticas. Es más bien un “oír proactivo” que debe llevarnos hacia mucho más y, para tal fin, debe existir un espacio, momento y buena voluntad para que esto suceda. Por esta puerta del oír proactivo entra información que, a su vez, se sirve de las contribuciones de los otros sentidos, especialmente el de la vista.

El segundo momento es hacer todo lo que esté a nuestro alcance para prestar atención a fin de internalizar lo que la persona está diciendo, en qué manera y a partir de qué contexto y circunstancias. Es fijarnos en la forma, el contenido y los objetivos de lo comunicado sin olvidar a la persona que comparte su voz y mensajes. Asentir con la cabeza, nuestra postura, mirar directamente a los ojos, observar todo lo que sucede y hasta una que otra palabrita como retroalimentación para reafirmar el contenido de lo comunicado, son algunas de las cosas que podemos hacer para que el emisor sienta que no está hablando consigo mismo o en vano. No debe sorprendernos que algunos enlaces con nuestras vidas espontáneamente aparezcan en la pantalla de nuestro consciente. Cuando escuchamos nuestra mente viaja, trae memorias y estimula otros sentidos. Es algo así como soñar despierto. Así funciona nuestro cerebro.

El tercer y último paso es comprender la información que se ha obtenido. Poniéndonos en “el pellejo” del interlocutor, es un esfuerzo por ver, sentir y hacer nuestro el punto de vista de la persona a quien le estamos dedicando toda nuestra atención, por un momento y a partir de sus marcos de referencia. Es hacer el intento por experimentar una especie de “empatía intelectual y sentimental” con el emisario, no para concordar o estar en desacuerdo, sino para ver la vida con otros ojos y lentes y desde otros ángulos. Como parte de esta experiencia, es bueno hacer preguntas para precisar la información, aclarar dudas y asegurarnos de que la otra persona cree y siente que ha sido escuchada. Si realmente existe una respetuosa relación de dar y recibir, en algún momento quien escuchó debe también ser escuchado. Recordemos que es una conversación aunque en ocasiones sólo una de las partes necesite compartir lo que lleva por dentro. Mostramos interés para sanar, alentar, orientar y hasta evaluar críticamente, toda vez que un razonable proceso haya culminado. Lo hacemos también para aprender algo más sobre nosotros y otras personas por analogía. Sólo después

de haber entendido, podemos darnos permiso para evaluar críticamente y pensar en las implicaciones. Toca a la otra persona hacer lo mismo que hicimos con ella.

Entiendo que con frecuencia oír y escuchar se confunden y usan como sinónimos en el argot popular como cuando decimos “¡Óyeme, chico!” o “Amiga, ¿me estas oyendo?” Sin embargo, si tomamos en consideración la definición que arriba propongo, hay ideas erróneas o malos entendidos acerca de lo que escuchar es. Algunos creen que darse por enterado es suficiente. Otras personas piensan que escuchar es algo con lo que se nace, que tiene que ver con la inteligencia o con una función para la cual un entrenamiento especializado es necesario. Hay quien considera que para que haya una comunicación efectiva la responsabilidad recae más en quien habla, y que escuchar es una acción un tanto pasiva. No obstante, escuchar, aunque algunas personas están especialmente dotadas para ello, puede y debe mejorarse con la práctica y siguiendo de cerca algunos principios básicos, muchos de ellos de sentido común.

4. Beneficios por montones

Como cualquier toda actividad que vigoriza las relaciones humanas, escuchar tiene muchas ventajas que a su vez aplican a nuestra plática profunda, constante y transparente con la Escritura.

Escuchar es un elemento básico en el desarrollo del lenguaje, es decir, en la capacidad para entender nuestro mundo y relacionarnos con sus integrantes con efectividad. Desde muy pequeños, oímos y se nos enseña a escuchar antes de hablar, leer y escribir. Y si no cultivamos esta habilidad, esto puede tener un impacto negativo en el aprendizaje, la comunicación y la identidad de los niños y niñas. Es triste que este rasgo con el venimos al mundo se va perdiendo a

medida que crecemos y la sociedad infunde en nosotros valores contrarios. Por eso necesitamos darle visibilidad, promoverlo, practicarlo y modelarlo.

Sabemos por experiencia propia que escuchar es crucial en el desarrollo y fortalecimiento de las relaciones humanas más allá de la niñez. Crea y profundiza nexos, contribuye con la estima personal y forja un clima de amor, respeto y confianza. Escuchar es clave en la formación de habilidades, actitudes, entendimientos y patrones de comportamiento. No se puede permanecer en una relación saludable prescindiendo de esta gran cualidad.

Escuchar ocupa una buena parte de nuestras vidas cotidianas. Es el principal canal de instrucción en el aula y nos ayuda a sacar buenas calificaciones. Durante el día pasamos más tiempo recibiendo y procesando información que en cualquier otra forma de comunicación verbal. El orden típico o ideal es oír, escuchar, hablar, leer y escribir.

Una persona que escucha, por supuesto es aceptada y valorada por la gente. Quien presta sus oídos a los demás es bien visto, además de que nos ayuda a recibir y almacenar información para vivir mejor. La persona que se atreve a escuchar para procesar y aprender se convierte en un individuo mejor educado.

Escuchar mejora la eficacia y la eficiencia entre las actividades realizadas por los seres humanos; por ejemplo, mejora la producción y la productividad, aumenta las ventas, fortalece las relaciones de trabajo, etc. Y en un mundo en el que la comunicación ha evolucionado a pasos agigantados a nivel global, por lo menos en forma, mecanismos de envío y rapidez, escuchar juega un papel importante aunque a menudo se privilegie el envío de ideas.

Cierro esta lista de aportes afirmando el papel sobresaliente que escuchar tiene en las negociaciones para el establecimiento y mantenimiento de la paz en situaciones de conflicto. Si pudiéramos hacer de esto un hábito de vida y no la prerrogativa de los expertos o los dotados de poderes especiales, quizá la vida

sería un poco más justa, digna y humana y saldríamos del ciclo de violencia estructural e individual que nos agobia.

5. Un recital de voces, conceptos y perspectivas

Con todo este trasfondo en mente y fijando nuestros ojos en el lenguaje bíblico, muchas veces abstracto y ajeno a nuestras culturas, nos debemos acercar a la Escritura para que nos hable cuando y como ella puede y sabe hacerlo: desde su propia realidad social, con sus muchos rostros, mensajes y tonos; con sus aportes, limitaciones, equivocaciones, contradicciones, ambigüedades e inclusive silencios. Usualmente le oímos, pero no le escuchamos. Faltándole el respeto, no le damos siquiera la oportunidad para darse a entender primero. Como los auto-correctores en nuestras computadoras o teléfonos inteligentes, nos adelantamos para adivinar las ideas e interrumpimos los mensajes bíblicos para proyectar en la pantalla de sus páginas lo que ya creemos o queremos que ella diga. Sin pasar por un saludable y razonable proceso, la hacemos hablar cuando ella calla y cuando ella habla, la callamos. Concordamos con sus enseñanzas o condenamos sus puntos de vista sin habernos tomado la molestia de entender primero sus textos y al mundo que los dio a luz y esculpió. En nuestra relación con la Biblia y sus muchas expresiones, rara vez ocurre un diálogo abierto, honesto, profundo, creativo, dinámico y crítico con ella. Prevalece más bien un monólogo a nuestro servicio. Razón tiene aquella persona que una vez dijo que la Biblia es el único libro en el mundo en el que creemos o no creemos y al que le imputamos nuestras ideas, buenas o malas, sin haberla leído toda y bien.

Pero leer la Biblia para interpretarla y con miras a actualizar sus cuantiosos mensajes o trascender los mismos, es como inclinarse hacia ella para dejar que sea ella misma y se comunique. Es crear espacios y momentos para

prestarle toda nuestra atención de modo que pueda hasta interpelarnos y a la que eventualmente podamos responder. Es callar, imaginar, ponernos en el lugar de sus actantes, hacer conexiones, ver sus imágenes, sopesar bien hondo lo dicho, suspender juicios por momentos y, sobre todo, discernir antes de actuar. Queriendo saber más de ella, es disecar y hacer un diagnóstico de sus contenidos y, con ella, recrear escenarios. Es honrar la memoria de sus autores, narradores, poetas, cantantes, cronistas, sacerdotes, pueblos, ángeles, profetas, editores, traductores y hasta el “Dios”. Es valorar a los protagonistas, actores y actrices de reparto pero también a los villanos, las mujeres, los grupos minoritarios y las víctimas. Es leer sus historias, pronunciamientos morales, acciones y acontecimientos “entre líneas”, con “el beneficio de la duda” y dando lugar al categórico “yo no sé lo que significa.” Es internalizar el recuerdo de sus difuntos quienes no pueden explicarse, depurar sus ideas, contestar preguntas o hasta defenderse de acusaciones, malos entendidos y silencios.

6. El testimonio bíblico

Escuchar es un tema al que se le da notoriedad en la Escritura. Frecuentemente acompañada por el silencio y el dominio propio, es una virtud que, idealmente, debe conducir a la obediencia pero que también debe propiciar una mejor relación con los semejantes, incluido el Dios de los hebreos y los cristianos. Quien primero calla, atiende y reflexiona para luego hablar y actuar, es una personal moral y espiritualmente instruida; es entendido.

En la Biblia se habla de gente que ni siquiera oye mucho menos escucha. Por eso se condena el hablar precipitadamente, a la ligera o inoportunamente sin primero recibir la información: “El que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Pr 18:13). Pero para combatir la mala costumbre de ser

oidores pasivos, algunos maestros, con tono paternal, animan a este tipo de personas a prestar cuidadosa atención y obedecer. Es de sabios escuchar; sólo los necios cierran sus oídos (Pr 4:20; 5:1; 8:6; 12:15; 22:17; Ben Sir 6:23; 16:24). Varios mandatos reiteran la importancia de este tema: “Los necios hablan siempre sin pensar; los sabios piensan, y luego hablan” (Ben Sir 21:26); “Prepara lo que vas a decir, y así serás escuchado, resume lo que sabes, y luego responde. (Ben Sir 33:4); y “No censures antes de averiguar: reflexiona primero, y luego reprocha. No respondas antes de escuchar y no interrumpas cuando otro habla (Ben Sir 11:7-8).

Por supuesto, no se puede escuchar sin hacer silencio. De ahí las siguientes exhortaciones: “En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente” (Pr 10:19); “el que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad” (Pr 13:3); y “el que ahora sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido. Aun el necio cuando calla es contado por sabio; el que cierra sus labios es entendido” (Pr 17:27-28). También “Está siempre dispuesto a escuchar y sé lento para responder. Si sabes, responde a tu prójimo; de lo contrario, quédate callado. Las palabras traen gloria o deshonor, y la lengua del hombre puede provocar su caída” (Ben Sir 5:11-14).

Con ejemplos negativos y positivos y sus respectivas secuelas, la misma Biblia ilustra la importancia de prestar atención y digerir los concejos antes de obedecer o actuar.

Muchas veces, como ocurrió con el pueblo de Israel, cuando ya hemos tomado decisiones en base a otros criterios y se nos da otra información, por muy lógica, detallada y sustanciada que sea, nos empecinamos en llevar a cabo lo que ya habíamos decidido y nos cerramos a otras posibilidades. Por eso Israel insistió en tener a un rey como los otros pueblos para que los protegiera y liderara (1 Sam

8:1-22) después de que Samuel les explicara detalladamente los abusos que el rey habría de cometer y de cómo Dios en el futuro no escucharía el clamor del pueblo arrepentido. En este trágico episodio, la obstinada decisión del pueblo fue un malagradecido rechazo al liderato divino y las múltiples muestras de gracia. Olvidar la historia nos ciega y ensordece, especialmente cuando ya hemos asumido posturas guiadas por sentimientos e ideas que, a la postre, no tienen fundamento sólido. Lo mismo pasa cuando no abrimos los oídos de la mente y el corazón a otros puntos de vista. Motivados por la ingenuidad, la ignorancia o el temor, nos aferramos a lo ya creemos como lo correcto y nada ni nadie nos hará cambiar de parecer, ni Samuel, ni aun el mismo Dios. Leer la Escritura para escuchar sus consejos y reclamos implica, entre otras cosas, medir los riesgos y las posibilidades que la historia parecen presagiar.

No siempre el problema es no atender debidamente. A veces aceptar las opiniones de otras personas, luego de pensarlas bien, no traen buenos resultados y, después de los hechos o cuando ya es tarde, concluimos que no digerimos bien las ideas inicialmente o que nos faltó escuchar y analizar más y mejor las cosas. Frecuentemente oír y escuchar suelen confundirse. Ese parece haber sido el caso del rey Roboam cuando, según el cronista, aceptó el consejo de los jóvenes de intensificar la explotación de un sector del pueblo hebreo, en vez de prestar atención a personas con más conocimiento y madurez. El resultado de esta decisión, superficial o presuntamente bien pensada, fue el desencadenamiento de actos violentos y la división de los hebreos en dos monarquías. Cito este episodio sólo para ilustrar el hecho que, en muchos casos, escuchar el mensaje de la Biblia puede ser el mensaje equivocado a pesar de que hayamos puesto todo nuestro empeño por comprenderlo o que simplemente no procesamos ese mensaje debidamente. No existe garantía de que no cometeremos errores o de que no tendremos que cambiar nuestra manera de pensar más tarde. Escuchar,

como toda actitud y comportamiento humano, también tiene sus puntos ciegos, imprecisiones y riesgos; cualquier cosa puede suceder.

Para citar un ejemplo con resultados positivos cuando existe una buena disposición y se insiste en ello, pensemos en Samuel. Este joven, respondiendo a la voz que le habló varias veces mientras dormía, carente de discernimiento, en un principio le dijo a Elí “Heme aquí” o “¿Para qué me llamaste?” varias veces, sin saber que había sido Dios quien le había llamado y no Elí (1 Sam 3:4-8). Pero no fue sino hasta cuando Samuel escuchó y siguió el consejo de Elí que Samuel pudo responder finalmente a la voz de ese Dios diciendo “Habla Señor porque tu siervo escucha” (1 Sam 3:9-10). Cuando hay una buena disposición para recibir el mensaje y se persevera en ello, eventualmente el mensaje llega a donde debe llegar. “Habla, que te escucho” es una invitación para que esto ocurra luego de varios intentos. Algo parecido sucede en el estudio de la Biblia.

En el NT encontramos otras situaciones que realzan el valor de atender y guardar silencio. Jesús habló para ser escuchado y entendido (Mt 15:10) aunque no siempre persiguió esta meta, sobre todo al relacionarse con sus cerrados adversarios. En la sinagoga de Nazaret, el maestro leyó el rollo de Isaías para que los asistentes escucharan el mensaje del día resultando en diferentes reacciones (Lc 4:16-30). En la parábola del Sembrador y la Semilla, solamente quien escucha “la Palabra del reino” y la entiende ha de dar frutos, y en abundancia. Pero para que esto acontezca, la persona tiene que dejar que “la semilla” de ese mensaje sea sembrada en él o ella primero. Y para que esta semilla sea sembrada, germine y produzca frutos, debe existir la apertura para que esto ocurra y la realización de un trabajo previo. Es decir, se necesita que la persona abone el terreno de su mente y corazón y esté dispuesta a escuchar esa Palabra. Entender y dar frutos vendrán como resultado de esta condición y como parte de un proceso natural. Algo parecido sucede con la interpretación de la

Biblia. Necesitamos permitir que la semilla sea plantada. Es decir, hay que escuchar el mensaje para luego entenderlo. Sólo de este modo habrá una abundante cosecha. No existen atajos o rutas alternas.

Santiago enseña que hay que escuchar el mensaje de “la ley de libertad”, recordarlo y obedecerlo. Y es que no se puede poner en práctica lo que no se conoce o se olvida. Por eso hay que ser pronto para escuchar y tardos para hablar (Stg 1:19-21). Debido a su enorme poder destructor, como Santiago nos recuerda más tarde, la lengua necesita ser controlada (Stg 3:1-12). Y ya que esto es muy difícil desde el punto de vista humano, se necesita sabiduría celestial para lograrlo (Stg 3:13-18). Mirar atentamente esa ley, por supuesto, no excluye que la escuchemos con atención, especialmente cuando su contenido en tiempos bíblico fue proclamado de forma oral. Ver y escuchar van de la mano. Es por esta razón que Santiago afirma: “El que escucha la palabra, pero no la pone en práctica es como el que se mira el rostro en un espejo y, después de mirarse, se va y se olvida en seguida de cómo es. Pero quien se fija atentamente en la ley perfecta que da libertad, y persevera en ella, no olvidando lo que ha oído, sino haciéndolo, recibirá bendición al practicarla “ (Stg 1:23-25). Otra vez, en la antigüedad como hoy día, hablamos mucho y escuchamos muy poco. El consejo es hablar menos y escuchar mucho más. ¿Por qué no aplicar este principio a la lectura de la Escritura?

Poner atención con mucho cuidado es tan importante que el escritor de Apocalipsis, reproduciendo el mensaje de Jesús a cada una de las 7 iglesias de Asia Menor, repite el estribillo al final de cada exhortación diciendo: “el que tiene oídos para escuchar, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias.” No es suficiente darse por informado, mucho menos olvidar, tergiversar las ideas recibidas o ignorar el mensaje.

7. ¿Escuchar lo que leemos?

A muchos de ustedes les parecerá raro que hablemos de “escuchar” los mensajes de la Escritura en vez de “leerlos.” Después de todo, estamos hablando de entender el significado de “textos” y no a personas de carne y hueso a quien podemos ver y que se comunican de manera audible. Aun así, conversar con los actantes, los textos y el ambiente social de la Biblia para mirarlos fijamente, prestarle atención y entender lo que dicen, es una experiencia posible, razonable y justificable.

7.1 Experiencias sensoriales. Primero, cuando leemos un escrito atentamente, analizamos una pintura, observamos detalladamente a personas que pasan o tratamos de entender eventos que hemos presenciado, nuestra relación con esos factores externos estimulan nuestro cerebro y nos hacen estar conscientes de su existencia. Pero luego, espontáneamente, en nuestra “conversación” con estas imágenes, sentimos muy dentro que alguien o algo nos “habla” aunque esa voz no sea literalmente audible. En alguna dimensión de nuestra consciencia, en respuesta a lo que vemos, es como si estuviéramos oyendo o escuchando sin oír ni escuchar. Sensaciones similares también ocurren cuando dormimos, soñamos y roncamos: vemos, oímos, olemos, tocamos y saboreamos. Experiencias esotéricas tales como visiones o desdoblamientos coinciden con estas extrañas vivencias. Con nuestros sentidos estimulados, pensamos, nos emocionamos y actuamos. Estamos en otra dimensión que, de alguna manera, es “real”.

Específicamente cuando leo un artículo, libro, editorial o post en Facebook e Instagram, yo mismo experimento esta extraña pero verdadera sensación de escuchar voces y me imagino que ustedes también. Sin esfuerzo alguno hasta

muevo los labios y balbuceo algunos sonidos o hasta hablo en voz alta como si yo mismo fuese el autor de lo que leo. En este sentido, mediado por nuestra humanidad, la literatura “habla” y nosotros “escuchamos”. Desde esta perspectiva, estos tipos de experiencias demuestran que nuestra propuesta de acercamiento a la Escritura para “escucharla” no es absurda, ilegítima o ajena a quienes somos; no sufrimos de esquizofrenia o somos víctimas de las drogas. Sólo intentamos usar un imaginario conscientemente de modo que la interacción con la Biblia tenga sentido, significado y pertinencia.

7.2 La Biblia oral. Segundo, mucho del contenido de la Escritura fue comunicado oralmente para ser escuchado y entendido. De hecho existen pasajes en los que libros o secciones de la Biblia fueron leídos en voz alta ante grandes auditorios. La razón es que en tiempos bíblicos no todos podían tener copias de los manuscritos y la mayoría de la población no sabía leer ni escribir. La Escritura, tal y como la conocemos hoy, no existía. La compilación de todos los documentos que ahora la conforman vino muchos siglos después y luego de un misterioso y complicado proceso. En el Antiguo Cercano Oriente y el Mundo Greco-Romana, los reyes tenían escribas cuyo trabajo era, no sólo copiar y preservar los manuscritos, sino también leerlos para instruir al pueblo. Aunque no igual, esta práctica me recuerda a las personas que escuchan la lectura de la Biblia dramatizada en el internet o gracias al uso de discos compactos mientras realizan otras actividades. Así pues, comoquiera que se le mire, “prestar atención con el fin de entender” se aplica tanto a los mensajes que recibimos oralmente de la Biblia como a sus mensajes escritos.

La práctica de escuchar la lectura de “la ley mosaica” (que luego se transcribió en los libros de Génesis, Éxodo, Levíticos, Números y Deuteronomio) es anterior al acto de leer sus manuscritos para entenderla, por lo menos como

un acto personal y privado. Una lectura sencilla del AT nos muestra que los mandamientos divinos, en algún momento y en base a una lectura llana de los presentes textos bíblicos, fueron formulados para ser escuchados y obedecidos (Dt 4:1, 6; 5:1).

Por orden del sacerdote Hilcías, el escriba Safán leyó ante el rey Josías la copia de la ley que se había encontrado en el templo, y tras escuchar su lectura e interpretar sus exigencias, se nos dice que el rey se entristeció y humilló al entender su contenido. Como consecuencia de ello, Josías mandó a inquirir sobre su destino y el del pueblo pues sabía que el pueblo no había escuchado la voz de Dios, que le había desobedecido por mucho tiempo al adorar otros dioses y que, por lo tanto, les aguardaba el castigo divino (2 Re 22:3-20). Para entender el mensaje de la ley y tomar decisiones, Josías, no leyó el mensaje sino que lo escuchó.

Si nos trasladamos a la época después que los hebreos regresaron a la tierra de Israel luego del exilio babilónico, el pueblo, bajo el liderato de Esdras y Nehemías, se reunió para escuchar la lectura de la ley a cargo del sacerdote Esdras y los levitas bajo su dirección. Como un equipo y para darle seguimiento a esta acción, todos ellos se encargaron de interpretar y comunicar con precisión las enseñanzas de la ley al pueblo que con atención recibió el mensaje de Dios (Neh 8:1-18) y cuyo contenido fue luego escrito (Neh 10:1-10). Por este tiempo, se dice que tras escuchar la lectura de la ley en la que se decía que los moabitas y los amonitas no debían ser parte de los hebreos, fueron apartados de Israel los que se habían mezclado con los extranjeros (Neh 13:1-3). En el libro de Ezequiel, Dios le exige al profeta que primero ponga mucha atención a las normas y leyes concernientes al templo que Dios seguidamente menciona y que Ezequiel detalla por escrito, específicamente aquellas que indican quiénes pueden entrar a este sagrado recinto y quiénes no (Ez 44:5).

Finalizo con algunos ejemplos del NT pero reinterpretados para nuestros fines. El Evangelio fue primero proclamado verbalmente y escuchado mucho antes de ser escrito y canonizado en cuatro versiones oficiales (Hch 1:9; 2:1-42; Ef 1:13): Mateo, Marcos Lucas y Juan. En la conclusión de la carta a los colosenses, Pablo recuerda a los colosenses que la carta dirigida a ellos debía ser leída a los laodicenses y que la carta dirigida a los laodicenses debía sr también leída a los colosenses (Col 4:16). Lo interesante es que la epístola a los Colosenses terminó siendo parte del canon del NT mientras que la carta los laodicenses desapareció. En ambos casos, se daba como un hecho que las enseñanzas contenidas en estos documentos debían ser leídas en voz alta, escuchadas y puestas en práctica por los destinatarios de ambas iglesias. Según el autor de Apocalipsis, dichoso es quien escucha, entiende y hace caso del mensaje futurista cuyo contenido fue plasmado en este libro, por lo que nadie tiene el derecho de añadir o quitar nada de su contenido (Ap 1:3; 22:18-19).

8. El desafío y la posibilidad miles de años más tarde

Dado que los actantes de la Escritura no están literalmente con nosotros y lo único con lo que contamos son sus palabras y acciones en el mudo e invisible testimonio del lenguaje escrito, ¿cómo acercarnos a la Biblia para eficazmente conversar con las ideas, sentires y acciones de todas estas personas y dedicarles toda nuestra atención?

Después de haber escuchado y hablado con la Escritura por tantos años y sabiendo que mi diálogo con ella no ha concluido, quisiera compartir algunas sugerencias de cómo escuchar y ser escuchados.



Esta interesante escultura fue diseñada por Étienne Pirot, se encuentra en el Centro Histórico de la Habana Vieja, Cuba, y lleva por título "la conversación. Como espacio para el encuentro y el intercambio de sentimientos e ideas, esta magnífica imagen se presta para pensar un poco lo que significa escuchar lo que la Escritura quiere comunicarnos y viceversa

8.1 Oídos y ojos prestos. Para escuchar lo que la Escritura tiene que decirnos, debemos primeramente preparar nuestra mente y corazón. Esto quiere decir estar dispuestos a dar lugar a un oír proactivo, lo cual no es más que dejar que, en la conversación a partir del texto bíblico y con el texto bíblico, las ondas sonoras de las voces que han de traer la valiosa información (sean personas o los textos) estimulen las membranas del tímpano de nuestra imaginación y que otros sentidos se sumen, especialmente el de la vista. Recordemos que la Biblia no tiene dibujos o imágenes y no habla literalmente. Somos nosotros quienes mediamos y personificamos estas acciones. Si en una agradable o aun tensa plática debemos mirar fijamente y oír con atención lo que la persona habla y otros participantes dicen, algo parecido debemos hacer con la Biblia. Como si fuera nuestra amiga persona, la Biblia merece nuestra atención.

*¿Cómo dialogar con la Biblia?
Aquiles Ernesto Martínez*

Este primer paso, entonces, implica labrar y abonar de antemano el terreno donde las semillas de información sonora y gráfica han de ser sembradas. El mismo exige de nuestra parte un creativo trabajo intelectual, emocional y espiritual; también suspender todo aquello que pueda distorsionar o interferir con la recepción abierta, sincera y expectante de lo que la Biblia ha de comunicarnos. Para ilustrarlo, es actuar como el pueblo que oye expectante y que en silencio aguarda el consejo (Job 29:21). Lo peor que podemos es hacer es cerrar nuestros oídos y ojos a lo que la Biblia tiene que platicarnos, tal y como el pueblo hebreo que, en su terquedad, autosuficiencia y amnesia histórica, cerró su mente y corazón al Dios con quienes habían hecho una alianza de por vida (Is 30:9; 42:18).

8.2 Mensajes y vivencias. A esa disposición consciente y trabajada, le sigue el asegurarnos de que entendemos bien los mensajes de los diversos textos o interlocutores de la Escritura, a partir de su lógica argumentativa y las conexiones con sus experiencias y contextos sociales, políticos, económicos, religiosos, geográficos, filosóficos, económicos, literarios y otros parecidos. En lenguaje literario, es lo que se ha llamado interpretar “los textos dentro de sus contextos evitando los pretextos.” Que no se nos olvide que las ideas registradas en la Biblia jamás ocurren en un vacío como tampoco las nuestras y nuestra interacción con sus libros. Nuestras creencias, valores y procederes siempre están atados a sus complejos, cambiantes y diversos ambientes sociales que nos definen, por lo que las palabras siempre deben interpretarse en sintonía con ellos y no como entes aislados o flotantes. Muchos métodos son útiles en esta gran empresa.

8.3 Todas y todos. Para contrarrestar la fuerza arrolladora de quienes siempre hablan y demandan nuestro interés, espacios y momentos deben crearse

para que podamos interactuar con todos los actantes de la Biblia de modo que asimilemos lo que tienen que decir para luego compartir nuestra evaluación y pareceres. Independientemente de sus posiciones, cada individuo, grupo y nación tiene algo que decir y tiene derecho a ser escuchado. Sus historias merecen nuestra atención. Siempre debemos abogar a favor de ello. Privilegiar a los protagonistas de la Biblia limita nuestro conocimiento de Dios y la vida en su rica diversidad. Enfocarnos en las voces que se repiten, hablan más fuertes y nos dan más contenido nos da una visión muy parcial. Y aunque es imposible prestar atención a todas las personas todo el tiempo y entender sus puntos de vista con absoluta precisión, por lo menos debemos tratar de relacionarnos con un número creciente de personas y diversas maneras de ver la vida. La diversidad y la inclusión son valores esenciales con una metodología a su servicio.

8.4 Hablar por quien no puede hablar. En este cometido por ser inclusivos y justos, tenemos la responsabilidad de reconstruir y representar a aquellos que están en las sombras, han sido silenciados y han sufrido los embates de los prejuicios, la violencia y los estereotipos. Como la historia de la humanidad lo revela, no todas las voces están representadas, no porque no quieran, sino porque no pueden o han sido invisibilizadas. De manera que, a la par de entender los puntos de vista de todos los participantes dominantes, Dios incluido, hasta donde podamos, es obligación nuestra saber de las creencias, los valores y las historias de quienes han sido marginados, reprimidos o que permanecen en el anonimato; aun los forasteros, villanos y enemigos. En aras de un entendimiento integral, la intención de los autores, narradores y personajes es tan importante como la de los textos en sí mismos, mucho más allá del concepto de la intencionalidad original y sus agendas ideológicas.

8.5 *Un sin fin de temas y tramas.* Encontrarnos con la Escritura para escucharla y hablar con ella, siguiendo las recomendaciones anteriores, implica obviamente reconocer la existencia de una amplia gama de experiencias, visiones de mundo, ópticas concretas, valores morales y culturales, eventos, instituciones y formas de actuar y ser. Gracias a las tantas veces que me acercado a la Biblia, una constante siempre ha resonado: Ella misma me ha reiterado que no fue escrita por un solo autor, en un solo contexto, con el mismo contenido, con las mismas presuposiciones, de la misma forma, con el mismo estilo, en la misma fecha, con la misma finalidad y con los mismos destinatarios. Mi amigos y amigas, la Biblia no habla con una sola voz, sino con muchas. En ella encontramos armonías, disonancias, ruidos, pausas, ritmos y silencios. Es por ello que debemos prestarle atención a todas las personas y conglomerados representados, aun aquellos ocultos en el trasfondo. Compararlos y contrastarlos es un titánico pero importante paso. ¿El fruto? Una comprensión mucho más amplia y precisa de la versatilidad y la pertinencia de los contenidos de la Escritura. ¿Cómo, entonces, hay personas que todavía la interpretan de la misma manera? A pesar de que me he esforzado por entender los porqués, confieso que me ha sido muy difícil asimilar la lógica y justificación de esta mala costumbre.

8.6 *Seres humanos que se expresan y con mucho en común.* Muy de cerca a todas estas claves sobre cómo escuchar las tonadas conceptuales de la Escritura, es indispensable recordarnos que, si bien muchas personas creen a ciegas que es Dios mismo quien literalmente habla por medio de los textos bíblicos, o que se vale de sus autores y escritores para comunicar su voluntad, a fin de cuentas, estos textos nos presentan a seres humanos que piensan, sienten, creen, escriben, hablan y actúan, y con quienes estamos tratando de relacionarnos a partir de nuestra propia humanidad. Como nosotros, tienen limitaciones, logros,

desaciertos, contradicciones, sueños y necesidades con las que podemos identificarnos parcial o totalmente. Y es precisamente porque todos somos humanos, con diferencias y similitudes, que podemos y debemos acercarnos a los pasajes bíblicos para construir puentes y dialogar aunque a veces nos cueste mucho trabajo. Escuchar implica reconocer que, en esencia, somos iguales y estamos unidos más allá del espacio y el tiempo. Esta realidad posibilita un acercamiento mutuo y hasta menos condenatorio.

8.7 Ausencias presentes e imaginación responsable. En nuestro esfuerzo por captar las profundidades y los misterios de la Biblia, muchas veces hay que ser relativamente generosos y prudentes con sus interlocutores y fuentes de información. En principio y como una saludable regla, se requiere pensar “lo mejor” de los textos bíblicos ante la falta de evidencia clara y contundente, en el mejor de los casos. También ser “neutrales”. Esto se debe a que literalmente los variados interlocutores de la Escritura no están con nosotros para explicarse, aclarar dudas, responder a cuestionamientos, considerar otros puntos de vista o darnos algo de retroalimentación. El silencio no siempre debe ser una arma para ser usada en su contra o avalar nuestros prejuicios. La especulación debe evitarse.

También es bueno recordar que existe muchísimo más información acerca de los contenidos bíblicos y su trasfondo que lo que tenemos a nuestra; mucha de esta información está oculta. Ante la falta de evidencia decisiva y abundante, entonces, ¿por qué no apelar al principio de “la gracia” pero sin abusar de ella? Y unido a esto, debe existir una manera de pensar e interpretar los hechos que sea creativa, sensible, bien ubicada y que, de ser necesario, llene algunos espacios vacíos con cautela.

8.8 La elocuencia del silencio. En muchas ocasiones las respuestas a nuestras preguntas no aparecerán, no importa que tanto profundicemos. Surgirán algunos desconcertantes vacíos o falta de información. Pero dicho silencio es también información para ser procesada, data a la que podemos responder responsablemente con algunas conjeturas y supuestos o, en el peor de los casos, con un simple callar. Es de sabios reconocer que no sabemos. En la Escritura no siempre hay respuesta para todo y tampoco debería existir respuesta para todo. No es un perfecto manual sobre qué creer, sentir y hacer. No siempre entendemos su contenido en toda esta mágica, aleccionadora y transformadora experiencia de esforzarnos por escuchar a la Biblia. Así pues, ante la presencia de lo inexplicable, incomprensible y la misma nada, es bueno hacer una pausa y dejar que el solaz tome el protagonismo. En las conversaciones también hay misterios y rompecabezas.

8.9 A buen entendedor, pocas palabras. La información que asimilamos y recopilamos de la Biblia no es siempre precisa o completa, sea porque sus actantes no fueron capaces de comunicarse como pudieron o debieron haberlo hecho, por las limitaciones del lenguaje o porque se nos hace imposible absorber lo que dijeron o quisieron decir; todos somos seres finitos. Aunque existe mucha coherencia y continuidad temática en los mensajes bíblicos, que no se nos olvide que también hay brechas, imprecisiones, ambigüedades, preguntas no contestadas, silencios, tensiones y hasta contradicciones. Estas son características intrínsecas tanto del discurso humano (oral y escrito) como de otras acciones humanas. Desde el emisor hasta el receptor hay algo que se pierde, algo que se gana y algo que se desconoce. Leer entre líneas, discernir o la capacidad para reconstruir escenarios y posibilidades son requisitos para ser buenos escuchadores pero no la gran panacea.

8.10 Cuando la cosa se pone fea. En una situación donde las ideas fluyen con claridad y precisión, es fácil recibir y analizar la información internalizada. Es mucho más difícil cuando, a pesar de nuestro esfuerzo, no entendemos o los mensajes no son claros o hasta controversiales. ¿Cómo escuchar cuando nos topamos con acciones, argumentos y formas de ver la vida que no comulgan con nuestra identidad y filosofía de vida o hasta nos repugnan por considerarlos inmorales, inapropiados o que presuntamente no pertenecen en el siglo veintiuno? Si bien cierto que hay textos extraordinarios y vivificantes, hay otros que horrorizarían a cualquiera.

Pero considero que es precisamente cuando nos encontremos en coyunturas como éstas que tendremos que forzarnos aún más para recibir la información y entenderla contextualmente. Antes que tirar la toalla, hay que insistir hasta cuando consideremos que hemos llegado al límite. Si nos acercamos para escuchar a quienes creen lo mismo que nosotros, ¿cuál es el mérito de ello? ¿Qué estamos haciendo de más? Si las negociaciones de paz se rigieran por una actitud semejante y hubiese disposición al cambio y concesiones, quizá el mundo sería distinto. ¿No les parece?

8.11 La irrelevancia de la perfección. Mi experiencia de tratar de prestar atención a la Escritura y reflexionar sobre sus interesantes contenidos, me ha enseñado que ella no cubre todos los temas de importancia para sus autores y destinatarios de forma exhaustiva, detallada y absolutamente precisa. Tampoco contesta la mayoría de nuestras interrogantes, nos saca de todos nuestros dilemas o satisface todas nuestras necesidades siglos más tarde. A menudo se posiciona en contra de lo que para nosotros es valioso y prioritario. Las incoherencias afloran también; inclusive la imagen de Dios que de los textos podemos reconstruir. “La inerrancia bíblica”, en términos prácticos y contrario a los

defensores de esta postura, no existe. En mi lectura de la Biblia y la vida yo he escuchado esta voz de forma clara, repetitiva y contundente. Los ejemplos rebosan. Y aunque suene insólito, todos estos rasgos defectivos presentes en ella hacen que la Escritura, paradójicamente, sea autoritativa y relevante como ella; compartimos con sus interlocutores y producciones literarias los mismos defectos, hermosas cualidades y características intermedias. Somos seres finitos. La perfección como tal es más un ideal de la fe en respuesta a la falta de armonía, el desconcierto, el caos y nuestra relación con la vida y la muerte. Desde un punto de vista netamente humano, lo absoluto y lo completo no son elementos para ser monitoreados, vivenciados, medidos y calibrados.

8.12 No hay lugar para la imposición. Definitivamente no debemos forzar nuestros propios puntos de vista u obligar a que los textos bíblicos concuerden con nuestras posturas de buenas a primeras, digan lo que no dicen o forzarlos a hablar sobre situaciones que se dieron mucho tiempo después. Aunque es imposible no vernos reflejados en lo que escuchamos pues somos espejos los unos de los otros en toda forma de diálogo, no debemos abusar de *la eiségesis* (i.e., la acción y el proceso de “meter” información en nuestra interpretación de la Biblia sin permitir que nos hable) o que controle el diálogo. La Escritura nunca debe ser un clon de nuestros deseos, miedos, frustraciones, sueños o ideologías. Consciente o inconscientemente, bajo ninguna circunstancia debemos manipular su contenido. Y para tal fin, debemos crear controles y usarlos con plena consciencia. Tanto nuestras perspectivas como las de la Escritura merecen respeto, oídos prestos y ponderación, por lo que no hay que colocar palabras en la boca de ningún actor, actriz o pasaje de la Escritura.

8.13 Otros interlocutores. Es importante reafirmar el hecho de que, porque hemos también escuchado las voces del mundo en que vivimos y todas tienen algo que aportar, hay otras fuentes de autoridad y saberes que debemos consultar para enriquecer nuestro conocimiento y no depender exclusivamente de los testimonios bíblicos. Además, no toda creencia, valor o conducta necesita de un pasaje bíblico como respaldo o prueba, o tiene que ser aprobado por ella como suele hacerse en algunos círculos religiosos. Con la idea última de asir la sabiduría y con una visión integral de los contenidos de la Biblia, necesitamos escuchar tantos puntos de vista como nos sea posible a fin enriquecer nuestro conocimiento y acercarnos un poco más a la verdad o las verdades del universo. Además de la Escritura, como se dice en la Iglesia Metodista Unida, la razón, la tradición y la experiencia son otros recursos con los que podemos contar. A estas fuentes debemos prestarle atención y mirarlas a los ojos también.

8.14 La magia de lo inesperado. Cuando nos preparamos de antemano y seguimos cuidadosamente las pautas arriba bosquejadas, no me cabe la menor duda de que muchos misterios serán develados antes nuestros ojos para sorpresa nuestra. Gratas o no, identificaremos un amplia gama de ideas que siempre estuvieron presentes en la Biblia pero, por haberla leído de la misma manera casi todo el tiempo y por hábito y tradición religiosa, no fuimos capaces de ver, mucho menos de analizar algo nuevo. Por supuesto, el contenido no cambió. Lo que ocurrió fue que cambiamos la manera de acercarnos de ella para prestarle atención a partir de otras experiencias, desde otros puntos de vista y con la ayuda de otras metodologías. Soy testigo de este tipo de experiencia como quizá muchos de ustedes. Y cuando esto ocurre, me maravillo como cuando los seguidores de Jesús se maravillaron al escuchar sus enseñanzas, que ahora están registradas en el Evangelio (Mr 13:3).

8.15 Los unos a los otros. Porque todos los seres humanos somos diferentes, es natural que unos escuchemos ciertos mensajes y otras personas perciban otros. Lo mismo aplica a la plática con la Escritura. De ahí que debamos juntarnos para conversar sobre lo que creemos que la Biblia nos ha dicho pues es muy probable que hayamos oído mensajes distintos aunque hayamos leído los mismos textos. En la multitud de ideas compartidas, sin duda, hay sabiduría. Todas las voces son bienvenidas a hablar acerca de las voces que escuchamos. Lo que hacemos con la Biblia debemos hacerlo entre nosotros.

Al pensar en mi experiencia, siempre me ha sorprendido que en los estudios de la Biblia siempre hay participantes que hacen observaciones en las que nunca había pensado. Aunque es cierto que podemos y debemos acercarnos a la Biblia como individuos, no debemos olvidar que ella fue escrita y leída por una comunidad y para una comunidad de modo que ella siempre sea leída y escuchada en contexto de comunidad. Hay una enorme riqueza en hablar y prestar atención cuando nos juntamos. Es, sin duda, un momento sagrado.

8.16 Don y vocación. Nos corresponde aceptar el hecho de que existen personas mejor capacitadas que otras para escuchar a la Biblia, sea por haber sido mejor dotadas, por práctica o por entrenamiento recibido. De ellas podemos aprender mucho en nuestro esfuerzo por aprender cómo calibrar los oídos de la mente y el corazón para recibir, internalizar y procesar las enseñanzas de la Escritura. Si Esdras, Apolos, Zenas y hasta Loida y Eunice (2 Ti 1:15; 3:14-15) fueron reconocidos por su gran capacidad para interpretar la ley mosaica (algo así como “abogados de la constitución hebraica”), no debería extrañarnos que hoy día también existieran personas equipadas para leer la Biblia (Hch 18:24; Tito 3:12); es decir, individuos con sólidos conocimientos, destrezas y experiencias para escuchar y entender su mensaje con precisión, amplitud y relevancia.

8.17 Mejores escuchadores. Pero depender de quienes tienen el carisma y la vocación para escuchar bien no es el fin de la historia. Quienes carecemos de esta gran cualidad, con esfuerzo, trabajo, educación y acompañamiento, podemos ser mejores en el arte y la ciencia de escuchar. Pensemos por un momento en Loida y Eunice (2 Ti 1:15; 3:14-15) que, a pesar de no ser expertas en el AT, sí parecen haber sido mujeres educadas en el entendimiento y la aplicación de sus enseñanzas, lo cual nos habla de su disposición para escuchar su lectura. Timoteo fue testigo de ello. Y si Apolos pudo mejorar su capacidad para entender las Escrituras hebreas y enseñar a otros con pasión, fidelidad y poder de persuasión, luego de que Priscila y Aquila lo encaminaran mejor en su fe y habilidades, ¿acaso no podríamos nosotros también mejorar nuestra capacidad para recibir y procesar el mensaje de la Biblia con la ayuda de alguien que nos muestre el camino? Escuchar es difícil pero posible; una característica que puede mejorarse. Se requiere de voluntad, adiestramiento y mucha práctica.

8.18 Una jornada de nunca acabar. Por supuesto, nadie aprende a ajustar todos sus sentidos para entender mejor la Escritura a plenitud de la noche a la mañana. Esto un proceso largo, complicado y que parece no tener fin. En un menor o mayor grado, todos y todas hemos sido testigos de que cada lectura de la Biblia siempre nos ha regalado algo nuevo. Como nosotros, es un documento vivo que habla cuando, representándolo correctamente y cumpliendo con nuestro papel de mediadores responsables, la hacemos hablar. Y parte de ello se debe a que hemos pasado por nuevas experiencias y, como resultado, nuestra manera de creer y pensar ha cambiado o porque simplemente nos hemos atrevido a ver la vida desde otro ángulo y en base a otros criterios. Para continuar con esta inercia, hay que simplemente tener paciencia, no desistir, seguir trabajando, entender bien las señales de los tiempos y abrirnos a nuevas ideas,

aun aquellas que parezcan ser contrarias a lo que ya creíamos. Escuchar bien es una acción puntual pero también un proceso que varía de persona a persona y que dura toda la vida.

8.19 Después de la audición. Es interesante que, no importa que tanto nos esforcemos por atender, pensar y hasta investigar bien para entender un tema, idea o vivencia contenida en la Biblia, en un momento dado y contexto y circunstancias particulares, nuevas ideas se añaden al pensamiento “después de los hechos” para una mejor comprensión de los pasajes bíblicos. Inexplicablemente “la lucidez” aparece en nuestras mentes sin invitación y sin pedir permiso. Es como si la plática con la Escritura continuara aun cuando no estemos formal y conscientemente platicando por ella. Sus muchas voces se hacen sentir para ofrecernos otros conceptos y ópticas que terminan refinando nuestro previos conocimientos. La historia nos ha demostrado que muchos eventos ya ocurridos adquieren una connotación distinta, más detallada o mejorada momentos o años más tarde. Algo parecido ocurrió con Daniel y la profecía de Jeremías en cuanto a la desolación de Jerusalén (Dn 9:2), y los discípulos y su interpretación de la muerte y la resurrección de Jesús un tiempo después (Lc 18:31-34; Jn 2:20-22; cf. 20:9).

Yo mismo he sido receptor de “revelaciones a destiempo” en repetidas ocasiones, cuando conduzco mi automóvil para ir a la universidad, cuando realizo tareas que nada tengan que ver con la Biblia directamente, en la escritura de este ensayo o hasta en mis sueños. ¿Acaso han experimentado ustedes algo similar? Me atrevo a creer que sí. Abrirnos a este tipo de experiencias, quizá un tanto místicas, es algo que no debemos descartar como parte de este proceso de encontrarnos con la Escritura. “El después de la historia” nos habla también.

8.20 *Sentirse escuchada y entendida.* Luego de agotar un razonable proceso al que todas estas observaciones contribuyen, podríamos preguntarles a los textos bíblicos o sus autores si consideran que le hemos prestado toda nuestra atención. Obviamente, la Biblia no nos va a responder audiblemente, como tampoco ha de prestar sus oídos a lo que tenemos que decirle. Pero si nos imaginamos que estamos conversando con la Escritura con libertad, honestidad, integridad y reciprocidad, tiene sentido darle la oportunidad para que Ella nos “diga” si cumplimos con nuestro papel de escucharle atenta y fielmente, por lo que no es desquiciado preguntarle.

Como un recurso pedagógico, este ejercicio no es más que una evaluación consciente de que hemos abrazado y procesado la información que hemos recopilado. Recordemos que, en nuestro intento de hacer que todas las voces sean tomadas en cuenta con todos los matices que he descrito y como mediadores de este proceso, necesitamos echar mano de esa imaginación interpretativa responsable de la que hemos venido hablando.

8.21 *El penúltimo paso.* Naturalmente, porque somos parte de una avivada y diversificada conversación, es normal y se espera que nos atrevamos a compartir con la Biblia nuestros acuerdos, desacuerdos, vacilaciones y las razones que apoyan cada una de esta posturas. En ningún diálogo, los interlocutores coinciden en todo y están en desacuerdo en todo, todo el tiempo. Una evaluación completa y bien hecha es el último paso de un proceso de intercambio de ideas, valores y actitudes. En un contexto de dar y recibir, hay que escuchar y discernir para poder entender.

A esta etapa de evaluación crítica le sigue decidir qué hacer con toda la información que hemos digerido. Y tras haber agotado esta aleccionadora aventura, debemos abrirnos a otras ideas, valores y experiencias que nos

capaciten y posibiliten nuestro regreso a la Escritura para conversar con ella otra vez. Idealmente, es un reencuentro que debe llevar a más reencuentros.

8.22 La regla de oro resignificada. Si colocamos la lectura de la Biblia dentro del contexto de sus mismas enseñanzas morales prescritas y llevadas a la práctica por muchos de sus personajes, no sería equivocado que entendiéramos que la Biblia también es nuestro “prójimo” a quien debemos amar y que escucharla para considerar sus enseñanzas fuera un prueba de amor. En términos prácticos, amar a Dios por encima de todas las cosas y a los demás como a nosotros mismos no tiene límites. No existe una lista exhaustiva y detallada de todo lo que debemos hacer para cumplir con este mandamiento. La Escritura, sin bien da muchos ejemplo, enfatiza el qué hacer, no tanto el cómo, dónde y cuándo.

Con este criterio de por medio, podríamos decir que quienes participan de las historias contadas en la Escritura, las escribieron y nos la hicieron llegar, aunque ya no estén con nosotros físicamente, son parte del concepto extendido de quiénes son nuestros semejantes a quienes podemos y debemos amar siglos después. Y considerando que sus mensajes, en el mejor de los casos, pudieran verse también como actos contextualizados de amor, sería justo que nosotros también, para retribuirles, nos detuviéramos a recibir y entender sus memorias y acciones como un acto de amor. Honrar honra. El amor con amor se paga. Y para que se nos escuche y acatando el principio de que debemos, en humildad y amor, considerar a otros como si estuvieran por encima de nosotros (Flp 2:3-4),⁵

⁵ Sobre este tema ver mi artículo “Cuando la poesía en credo anti-imperial: Pablo, Filipenses 2:5-11 y Roma”
https://www.academia.edu/49379301/Cuando_la_poes%C3%ADa_es_credo_anti_imperial_Pablo_Filipenses_2_5_11_y_Roma

hay que dar el primer paso aunque, para nuestra desilusión, no siempre seamos correspondidos, ni siquiera por la misma Escritura.

9. Una conclusión a la expectativa

Existen muchas metáforas que pudiéramos seleccionar para explicar lo que significa el acto y el proceso de entender las Escrituras aun siglos después de su canonización. Para mi, la imagen de “el diálogo”, entendido como una libre, honesta, profunda y holística conversación con la Biblia, donde las ideas vienen y van, es una de tantas ilustraciones posibles. Y con ella en mente y dejando que otros sentidos sean estimulados, la idea de “escuchar” es crucial, como un paso inicial para reducir la brecha que nos separa del mundo bíblico. Y digo esto porque no estamos acostumbrados a dedicar toda nuestra atención a lo que otras personas han experimentado y tienen que decir a fin de entenderlas, incluida la misma Escritura. Es tan difícil mostrar interés por y ponerse en el lugar de otros, al igual que mirar al mundo desde allí y con otras miradas y anteojos. Cuesta aún más trabajo abrirnos a mensajes de sexto sentido o del mismo Dios, como se hace con la Biblia en la llamada *lectio divina* (lit., “lectura de Dios”).⁶ Es más fácil hablar y hacer que todo gire en torno al ego.

Cerrar nuestros oídos, mentes y corazones a otras personas, obviamente, tiene que cambiar. Denunciarla es un primer intento. Todos y todas necesitamos

⁶ La llamada *lectio divina* se refiere a una disciplina antigua, monástica y espiritual que permite a los cristianos “escuchar” la voz de Dios para fortalecer la relación con Él. Para lograr esta meta, los creyentes deben participar en un proceso que involucra la lectura de la Biblia, la meditación, la oración y la contemplación. Es una especie de diálogo que procura discernimiento. Sin prescindir de este punto de vista, mi propuesta es mucho más completa que este tradicional ejercicio religioso. Abarca todas las dimensiones del ser humano.

escuchar y ser escuchados, incluidos los sujetos de la Biblia. Ser ignorados atenta contra el sentido de comunidad, intensifica la soledad, menosprecia la individualidad, afecta la estima personal y debilita las relaciones de reciprocidad. En mi propio peregrinar, muchas veces no me he sentido escuchado. Y para evitar que esto ocurra con otras personas, proyectando mis frustraciones y anhelos de justicia, reciprocidad e igualdad, no solamente me esfuerzo por escuchar a los demás, sino que abogo por este derecho. Congruente con este valor, intento hacer lo mismo con la Escritura. Y al reflexionar sobre este tema, me pregunto si ustedes creen y sienten lo mismo y si, mejor aún, también se esfuerzan por escuchar más y mejor.

Mucho más que un mero ejercicio académico o un recurso pedagógico que pretende apelar a nuestros sentidos al que añado la fe, prestar nuestros oídos a las voces y mensajes de los libros de la Biblia es algo crucial e impostergable. En los apartados anteriores he compartido algunas de las características más sobresalientes sobre esta manera de relacionarnos con la Escritura, como una extensión y símbolo del modo como debemos tratarnos los unos a los otros.

Con estos ideales entre ceja y ceja, sólo me resta inclinar mis oídos para tratar de “escuchar” sus voces desde donde me encuentro y en otra dimensión, con la confianza de que también ustedes, a lo lejos, en silencio e introspectivamente, hayan escuchado la mía. Apelando a la humanidad que nos une y que fortalecer debemos, este es mi deseo hasta cuando nos volvamos a acercar a la Biblia para “escucharla” siempre teniendo presente lo que el pensador griego Zenón de Elea (495-430 a.C.) sabiamente advirtió siglos atrás como si fuera hoy: “Nos han sido dadas dos orejas, pero sólo una boca, para que podamos escuchar más y hablar menos”.

¡Bienaventurad@ quien primero escucha!

*¿Cómo dialogar con la Biblia?
Aquiles Ernesto Martínez*